

TEMAS DE GEOGRAFIA Y CULTURA EL MARQUES DE WAVRIN Y LOS BOGOTANOS

Por: GABRIEL GIRALDO JARAMILLO

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 47 y 48, Volumen XIII
Tercer y cuarto Trimestres de 1955*

E

l Marqués de Wavrin, conocido etnógrafo belga ha realizado largos viajes por las regiones selváticas de la América del Sur y publicado algunas obras de amplia acogida en los medios letrados, acaba de dar a la estampa en la conocida editorial Plon de París un interesante libro de viajes con el título de *Chez les indiens de Colombie*.

El libro es el animado recuento de las visitas del autor a numerosas tribus aborígenes colombianas, como los Catíos, los Cunas, los Goagiros, los Araucos, los Motilones y constituye una apasionante visión de nuestros contemporáneos primitivos, de nuestros compatriotas olvidados a quienes no alcanza en verdad, ni en lo político ni en lo cultural, la común denominación de colombianos.

El Marqués de Wavrin caso insólito en nuestra época» viaja como lo solían hacer los exploradores del siglo XIX, a mula, en canoa, a lomo de hombre, si es necesario, y no, como tantos reporteros optimistas, en ese medio admirable de transporte, pero lamentable sistema de viaje, que es el avión. En esta forma el escritor belga ha tenido la oportunidad, de adelantarse en la vida y costumbres de muchos pueblos americanos, de conocer sus usos, de apreciar su conducta y de dar a sus lectores una visión al parecer objetiva de las condiciones de su existencia espiritual y material.

Pero si el Marqués de Wavrin puede ser considerado como fino observador de los pueblos primitivos .—y la discusión de este punto bien merece algunos comentarios— no parece tan avisado en cuanto a pueblos menos primitivos se refiere; si es de presumir que sus encuestas entre catíos y

motilones culminaron con éxito, su criterio para juzgar a los colombianos en general, y a los bogotanos en particular, no solamente es anticientífico, sino que viola los más elementales principios «de la etnografía y acusa no sólo una impresionante superficialidad sino una ausencia completa de noticias históricas, de agudeza en la observación, de sentido de la realidad.

En el primer capítulo de su libro que lleva el sugestivo título de "Primeros contactos con los indios" se refiere muy de paso a Bogotá y califica a sus habitantes con estas impiadosas palabras: "El bogotano es poco acogedor. Las familias están imbuidas de la idea de clan. Orgullosas de su alto origen cuando descienden de los primeros conquistadores, forman otros tantos círculos muy cerrados, cuyas relaciones se limitan a visitas protocolarias, "de salón", a fiestas y recepciones dentro de su estrecho círculo. Todo trabajo manual parece degradante; según estos "hidalgos", aún el dirigir una empresa industrial es rebajarse. Los hombres se ocupan de política. Desocupados, los jóvenes vagan en las calles, muchos se creen poetas y, para matar el tedio, un buen número se entrega a las drogas".¹

La pintura es un verdadero "fresco" dando a esta palabra sus más variadas acepciones; en cuatro líneas, de espartana severidad el marqués etnógrafo ha querido pintar no una pequeña aldea colonial, ni una ciudad de provincia, sino un conglomerado de más de medio millón de habitantes en donde se viene fundiendo la nacionalidad colombiana.

Las "observaciones" del viajero etnógrafo son tan ridículamente inexactas y dan una imagen tan parcial, mezquina y falsa de la ciudad, que deberían desecharse por su misma insignificancia. Pero figuran en un libro publicado en una lengua universal y en la capital misma del mundo, que tendrá naturalmente amplia difusión; lógico es pues, que un bogotano, aunque sólo lo sea por adopción, y que además siente cierta debilidad por las cosas etnográficas, exprese su protesta por esa infortunada síntesis de una ciudad que si bien no merece el calificativo que otro francés —ese sí respetable y responsable— le diera hace más de medio siglo, representa sin duda un centro de la inteligencia y de la cultura en Hispanoamérica y guarda una sociedad de selección, en donde predominan las más puras virtudes del corazón y de la inteligencia.

Las apresuradas opiniones del Marqués de Wavrin que no recomiendan ciertamente el etnógrafo y parecen más esconder algún secreto e inconfesable resentimiento de orden personal, si no merecen por lo menos justifican algunos comentarios y algunos recuerdos de otros viajeros mejor intencionados y más perspicaces.

¹ Marquis de Wavrin. *Chez les Indiens de Colombie*. Paris, Plon. 1953. P. 13.

Dice el citado etnógrafo que los bogotanos son poco- acogedores; la historia misma de Bogotá constituye un mentís rotundo a esta afirmación; Bogotá ha sido para nacionales y extranjeros una ciudad de refugio; de sus 600.000 habitantes, por lo menos las dos terceras partes, proceden de las provincias o son extranjeros; y todos se sienten espiritualmente bogotanos; todos se encuentran en su propia casa, sin que baya habido nunca movimientos regionalistas, tan frecuentes en otras ciudades. Pero si la acogida colectiva es siempre generosa, la individual para el extranjero que nos visita ha sido tradicionalmente amable, cortés, efusiva. Las casas de los bogotanos están abiertas al extranjero y pocos son los que pueden afirmar haber encontrado en Bogotá un ambiente hostil o simplemente reservado. Por el contrario, uno de los defectos característicos de ciertas clases sociales es su excesivo entusiasmo por los extranjeros de ciertas procedencias sobre todo cuando ostentan, legítima o fraudulentamente, un título nobiliario. La gentileza bogotana cuenta ya con cierta tradición, tricentenaria nada menos, según el testimonio de nuestro genealogista don Juan Flórez de Ocáriz que ya en 1672 escribía que los habitantes de la capital eran "prestos, agradables, despejados, valientes, hábiles y sin dificultad para su aplicación de su asunto en todos afables y socorridos con los pobres y forasteros, y reverentes del culto divino"² dos siglos más tarde, el doctor Eduardo Saffray, compatriota del Marqués, pero cuyo título emanaba de una de las mejores universidades de Francia, y que supo ver el país con verdaderos ojos de investigador y de sociólogo, diría que los bogotanos "son sociables y corteses, y aunque- muy afectuosos a su país, interesante por lo que sucede en los más lejanos"³ A principios del siglo el diplomático argentino Miguel Cané dejaría un elocuente testimonio del espíritu acogedor de la sociedad bogotana:

A los dos o tres días de mi llegada después de haber sido visitado por un gran número de caballeros y cuando volvía de la afectuosa recepción oficial, donde se me había ensanchado el corazón ante la manifestación de viva simpatía por mi país me encontré con una -atenta invitación a comer del señor don Carlos Sáenz. Fue en esa primera e inolvidable comida donde empecé a conocer lo que era la sociedad bogotana. Pocos momentos más difíciles y más gratos al mismo tiempo. La reunión era selecta y cada uno, en su amabilidad y alegría, se esforzaba en darme la bienvenida. Estaba allí presentada la juventud de Colombia en aquellos hombres cultos, de una corrección social perfecta, de maneras sueltas y elegantes⁴.

Esta tradición no se ha roto; bien por el contrario, con el crecimiento de la ciudad, con el cosmopolitismo nacional e internacional que la caracteriza en nuestros días, Bogotá ha ampliado su

² Flórez de Ocáriz Juan. Libro primero de las Genealogías del Nuevo Reino» de Granada. Madrid. Joseph Fernández de Buendía, 1647. p. 118.

³ Doctor Suffray. Viaje a la Nueva Granada. Bogotá 1948. P. 296.

⁴ Cané Miguel. Notas de viaje sobre Venezuela y Colombia, Imp. De la Luz. 1907. P. 156

generosidad y no hay extranjero distinguido que no conserve de su visita a la capital un grato recuerdo y de los bogotanos una impresión inmejorable.

La segunda gratuita información del Marqués hace referencia al predominio de una idea de clan y a los círculos es trechos que forman las familias descendientes de los primeros conquistadores.

Nada más inexacto ni más arbitrario; en primer lugar debe saber el Marqués que sólo cuatro apellidos, que no familias, quedaron de los primeros conquistadores; los León, Venegas, Bernal y Caicedo y actualmente ninguna familia pretende descender directamente de los conquistadores y los que así lo estiman jamás hacen alusión a su origen, por cierto no completamente comprobado. La sociedad bogotana actual se formó particularmente en el curso de los siglos XVIII y XIX; del siglo XVII sólo provienen 8 familias y una gran mayoría de las que llegaron a la capital en el siglo siguiente han desaparecido; así lo prueba la sola enunciación de los apellidos; Arce, Arcaya, Lechuga, Ahumada, Zaylorda, Mendigaña, Duquesne, Barrero, Galavís, Agar, Pey, Benito, Manzaneque, Ugarte, Domenech, Ley, Urquinaona, Auza, Elorga, Muelle etc.; y se enriqueció con multitud de familias de provincia y con las pocas extranjeras en el siglo XIX; Nieto, Carrasquilla, Arciniegas, Ancízar, Pombo, Cuervo, Castillo, Lleras, Pereira, Restrepo, Montoya, Márquez, Carrizosa, Campuzano, Durán, Samper, Lorenzana, Valenzuela, Holguín, Rocka, Brush, Elbers, Convers O'Leary, Angueyra, Ckeyne, Brigard, Balén etc., etc.⁵

Pero en la citada afirmación del Marqués de Wavrin hay no sólo inexactitud histórica sino una ligereza sociológica que desconcierta en quien por su profesión aparente debería tener más fino olfato en cuestiones sociales; es cuando menos imprudente juzgar una ciudad de más de medio millón de habitantes por unas pocas docenas de parvenus que pretenden con más ingenuidad que malicia constituir un exclusivo círculo de elegidos; por otra parte ninguna sociedad más permeable que la bogotana en donde ni la estirpe ni la pureza de sangre sino la categoría económica o el transitorio poder político son los que determinan la mayor o menos visibilidad de las gentes en las llamadas altas esferas sociales; por otra parte en Bogotá, como en todas las grandes ciudades, existe una alta clase media, que constituye la médula misma de la vida intelectual, económica y profesional del país; esa alta clase media que cada día es más amplia y que se relaciona, por una parte, con el grupo variable de los elegidos y por otra, con la clase media propiamente dicha, tiene un solo blasón y un solo orgullo: su propia conducta, su esfuerzo, la nobleza de sus proceder y la dignidad de su vida; es un sector inmenso de la sociedad sin privilegios de castas, al margen del beneficio sistemático del poder, de alternativas en su posición económica, pero que gracias a un

⁵ Rivas Raimundo. Familias bogotanas. En Boletín de Historia y antigüedades. Vol XXV, pp.516-534. Bogotá, 1933

cierto equilibrio entre sus posibilidades y sus ambiciones, entre su conducta y su inquietud intelectual, progresa cada día y suministra el mejor elemento humano en todas las altas actividades nacionales, en las profesiones liberales como en el sacerdocio, en la banca como en la industria, en la diplomacia como en la docencia, en las letras como en la política.

Si los conceptos anteriores del Marqués de Wavrin producen cierta indignación, sus afirmaciones sobre la opinión bogotana con respecto al trabajo, hacen sonreír; se trata de un viejo y manoseado cliché lanzado en tiempos de la leyenda negra antiespañola y que hemos heredado sin beneficio de inventario: el trabajo manual degrada, los oficios "viles o mecánicos" son indignos del señor y buenos sólo de villanos, don Alfonso el Sabio llamó en sus partidas "gente menuda" a los comerciantes etc., etc. La cantilena es ante todo poco original; pudo ser cierta, aunque en ningún caso podría generalizarse, en tiempos coloniales; pero en nuestros días es un exabrupto incalificable. Gerentes de empresas industriales, ganaderos, agricultores, comerciantes se cuentan precisamente entre los miembros de esa sociedad que tan acervadamente critica Monsieur de Wavrin; Bogotá ha tenido tradicionalmente una clase de gentiles hombres campesinos que no se han limitado a hacer explotar sus tierras sino que las han trabajado ellos mismos, que han importado nuevas razas de ganados, nuevas especies de plantas, que han hecho .—¿quiénes si no ellos?—, la economía nacional. El prototipo del cachaco bogotano, Alberto Urdaneta, pintor, periodista, escritor, fue además un hacendado que enriqueció considerablemente la ganadería sabanera; familias ilustres en la sociedad bogotana han vivido a las labores agrícolas; díganlo si no los Santamaría, los Uriceochea, los Umañas, los Herrera, los Valenzuelas, los De la Torre, los Wills los Portocarreros, los Carrasquillas entre otros muchos. Quizás se sorprendería el severo Marqués si supiera que don Rufino José y don Ángel Cuervo, hijos de un magistrado ilustre y ellos mismos varones preclaros de la inteligencia, fabricaban con sus propias manos cerveza en su casa de Bogotá; que José Asunción Silva atendía personalmente su almacén; y su sorpresa subiría de punto si leyera a Augusto Le Moyne de quien son estas palabras:

Como en el país nadie tiene la preocupación de que los negocios rebajen al hombre, algunos de los que se ocupan en el comercio desempeñan al mismo tiempo empleos públicos y representan importantes papeles políticos; así entre otros ejemplos, conocí en 1830 al general Eusebio Borrero, hombre de un mérito y de una honorabilidad incontestables, que había sido sucesivamente miembro y presidente del congreso, ministro de relaciones exteriores, y que, el día después de

*aquel en que hizo su dimisión de estas últimas funciones, vendía telas en su tienda midiéndolas él mismo con la vara.*⁶

La simple afirmación de que los bogotanos se ocupan de política es naturalmente cierta y no constituye agravio ninguno; bien sabido es el interés de todos los colombianos por los acaeceres de la vida ciudadana; lejos de denigrarlos esa preocupación los exalta; pero la intención es diferente, pues decir que se ocupan de política es afirmar lógicamente que no se ocupan de otra cosa y es bien sabido que el bogotano es entre todos los colombianos el que menos se dedica a la política como profesión. En Bogotá existe, naturalmente mayor movimiento político que en el resto del país; pero sin duda alguna es el bogotano el menos interesado, por vocación y aficiones a sus menesteres. El número de presidentes de la república, de jefes políticos bogotanos es inferior en relación con el resto del país.

Las palabras finales del Marqués son quizás las peor intencionadas: en Bogotá el número de desocupados no es superior al de París, Buenos Aires o Madrid; el que muchos se crean poetas es otro clisé tradicional y un poco ridículo; naturalmente hay algunos poetas, y algunos que se creen ungidos del dón poético, pero esa no es Bogotá, como París no son los muchachos menudos de Saint Germain de Pres ni las damiselas de la Place Pigalle.

El señor Wavrin visitó a Bogotá en momentos en que la prensa hacía un pequeño escándalo por el hecho de que dos docenas de infortunados fueron internados en un sanatorio por consumo de drogas heroicas; se habló entonces de la narcomanía, y se le dio al problema, insignificante en sí mismo, una desmesurada dimensión; el etnógrafo que olvidó el principio elemental de que no es prudente generalizar, estampó entonces su frase y para matar el tedio un buen número se entrega a las drogas; esto no puede afirmarse de ninguna ciudad en conjunto y mucho menos de Bogotá; es apenas una malévola ligereza.

La desafortunada síntesis del señor Wavrin sobre Bogotá y sus gentes no puede ser sino la reacción ante un posible desvío o ante algún fracaso social; porque olvidó el censor que una de las cualidades esenciales del bogotano es su tino, su olfato para distinguir el oro del oropel, lo verdadero de lo falso, para captar casi instantáneamente los valores positivos, para descubrir lo mediano, lo plebeyo o lo simplemente ridículo.

El caso del Marqués de Wavrin es excepcional; al testimonio de numerosos viajeros diplomáticos, escritores que nos han visitado lo está probando; y han sido entre todos, los franceses, tan agudos

⁶ Le Moyne. Le Chev. A. Voyages et séjours dans l'A medique du Sud. La Nouvelle Grenade. París, A. Quantín 188. Tomo I, p. 186.

y sutiles, tan perspicaces en la valoración de una sociedad y en la exacta captación de un ambiente, los que han dado de sus viajes por Colombia una visión más justa, más certera y más generosa. No es inútil agregar a los ya citados el juicio de Pierre D'Espagnat, explorador y novelista que dejara la más emocionada imagen de sus viajes por Colombia; refiriéndose al calificativo de Atenas de Suramérica con que se ha decorado a Bogotá, escribe:

Audacia peligrosa para un pueblo joven y pequeño es la de aceptar, descartada la posibilidad de que en ello haya la menor malicia, la herencia moral más cargada de gloria, el mote más soberbio o más difícil de ostentar, el de sucesor de la armonía de la divina Atenas. ¿Cabría considerarlo como una burla gratuita al comprobar la ausencia de la Acrópolis de sus Porpileos y del Pnix? Pero todavía sería más injusto desconocer o no apreciar en su justo valor la sinceridad y el alto vuelo de las preocupaciones intelectuales literarias y sobre todo, científicas de la sociedad bogotana. Si alguno de mis interlocutores me ha podido parecer que presumía de un modernismo exagerado, demasiado entusiasta y, para decirlo de una vez, demasiado nuevo, he tenido, en cambio, ocasiones de comprobar con verdadera satisfacción la vasta erudición, el ardiente interés de neófito por los problemas contemporáneos, en una palabra, he advertido una trayectoria con frecuencia luminosa hacia las altas esferas del pensamiento humano⁷.

⁷ D'Espagnat. Pierre, Recuerdos de la Nueva Granada. Bogotá, 1942, p. 79.

LOS VIAJES DE JULIAN MELLET POR EL TERRITORIO COLOMBIANO

Tan escasamente estudiada se halla la historia de la geografía nacional que no es difícil encontrar nombres nuevos y obras ignoradas vinculadas a nuestro territorio; tal es el caso, entre otros varios, de Julián Mellet, olvidado viajero francés que recorrió buena parte del país en los años de 1816 y 1817 dejando el relato de sus excursiones y una serie de observaciones de carácter económico y social del más alto interés.

No se trata de uno de esos viajeros sabios que como Jorge Juan y Antonio de Ulloa, como el múltiple Barón de Humboldt, recorrieron la América y en cierta manera la descubrieron a las gentes cultas de Europa; tampoco de quien vino en función política como enviado más o menos secreto de los gobiernos europeos a husmear por estas tierras del nuevo mundo, como lo fueron el francés Mollien o el sueco Gossellman; se trata, simplemente, de un comerciante deseoso de hacer rápidamente una bonita fortuna y que después de innumerables peripecias regresa a su país de origen, rico de recuerdos, de experiencias y de aventuras; con buen juicio, sin exageraciones ni truculencias, sin querer jugar al Simbad ni al Marco Polo, escribe sus impresiones que hoy adquieren valor por ser testimonio directo y visión simple, pero aparentemente auténtica, de una época para nosotros en extremo importante.

Mellet tiene el mérito de haber llegado a estos territorios antes que los más conocidos viajeros, como el citado Mollien, Hamilton, Cochrane, Hall o Steuart y de haber recorrido el país como solían hacerlo los turistas de hace cien años, con los ojos abiertos y una libreta de apuntes donde dejaban consignadas sus cotidianas impresiones; además, ignoramos por qué razones, ha pasado totalmente desconocido hasta hoy y en ninguna obra colombiana hemos encontrado citado su nombre; el único que lo menciona es el biógrafo norteamericano Joseph Sabin en su famoso *Dictionary of books relating to America*. . . Tomo XI, pág, 573), pero sin hacer comentario alguno y sin agregar ningún dato al título de la primera edición de su relato.

De la obra de Mellet se han publicado dos ediciones francesas y una versión española; la primera edición se imprimió en Agen por Prosper Noubel en el año de 1823. Consta de 291 páginas y lleva este título *Voyage dans l'Amérique Méridionale, a l'intérieur de la Côte Ferme et aux iles de Cuba el de Jamaïque, depuis 1808, jusqu'en 1819*; la segunda, con idéntico título y paginación, apareció en París en el año de 1824, Chez Masson et fils, Libraires. En la primera década de este siglo se publicó en Santiago de Chile, en la Imprenta y Encuadernación Universitaria, sin fecha, una traducción española del libro de Mellet, que lleva este título: *Viajes por el interior de la América Meridional de Julián Mellet*. No sabemos de la existencia de ningún ejemplar de estas ediciones en

Colombia; las dos francesas las hemos consultado, juntamente con la versión castellana, en la Biblioteca del Congreso de Washington. De Julián Mellet solo conocemos los muy discretos datos que él trasmite ocasionalmente en su obra; no se le menciona en ningún diccionario biográfico y jamás hemos encontrado su nombre fuera de los catálogos de algunas bibliotecas europeas, pero sin mención sobre su personalidad.

Realmente no se trata de una figura extraordinaria, pero su libro es acreedor a algunos comentarios y sus observaciones merecen ser reproducidas y recordadas; de su categoría e interés es buena prueba el hecho de haber merecido una reimpresión en París y una versión en Santiago de Chile, casi un siglo después de su aparición.

Por doce años permaneció Mellet en tierras americanas, y según nos lo dice "obligado sin cesar a trasladarme a las diferentes provincias de esta vasta parte del nuevo mundo, me he puesto en condiciones de poder estudiar las costumbres, el carácter y usos de sus habitantes" reclama, con justicia, el mérito de ser "testigo ocular" de los hechos que relata. .

Mellet se embarca en Burdeos el 30 de mayo de 1808 a bordo del bergantín Consolateur y a órdenes del señor Chassenai, enviado de Francia cerca del Virrey de Buenos Aires.

Al llegar el Consolateur a las costas del Uruguay fue atacado por uno de los navíos de guerra que habían sobrevivido a la desgraciada expedición inglesa contra el Río de La Plata; Chassenai y sus compañeros abandonaron el barco y llegaron a la costa, de donde siguieron para Maldonado y Montevideo pasando después a Buenos Aires.

Mellek acudió en busca de auxilio al Virrey Liniers y gracias al generoso apoyo del insigne militar, a quien alude en términos elogiosos y agradecidos, pudo establecer un pequeño comercio y emprender sus viajes por las provincias vecinas.

En vista de las circunstancias, Mellet resuelve abandonar su profesión de ayuda de cámara que lo había traído a América y dedicarse al comercio ambulante; es en el ejercicio de este trabajo que recorre casi toda la América del Sur con muy diversa fortuna, pero con abundancia de curiosas aventuras y útiles experiencias.

De Buenos Aires viaja Mellet al Paraguay por el Río de La Plata y de regreso a la capital se dirige a Mendoza y a Córdoba, pasando luego a San Miguel de Tucumán, Salta, Chuquisaca, la Rioja y San Juan de la Frontera; emprende luego viaje hacia Chile y recorre una buena parte del territorio; en La Serena es hecho prisionero y conducido a Valparaíso donde recobra la libertad y después de visitar algunas otras poblaciones chilenas se embarca en Coquimbo para el Callao; pasa a Lima en

donde se detiene algún tiempo, dejándonos en su libro una interesante descripción de la ciudad virreinal; visita a Pisco, Trujillo y otros pueblos menores; su calidad de francés lo lleva al tribunal de la Inquisición del que sale bien librado y continúa su derrotero por Piura, Tumbéz, Paipa, siguiendo a Guayaquil y Quito.

Inicia entonces su itinerario por tierras colombianas anotando sus impresiones especialmente en lo relacionado con su profesión de buhonero; no es Mellet, como hemos dicho, un político o un sociólogo que advierta los problemas americanos, pero es un espíritu curioso, con buenas dotes de observador y que sabe ver con claridad y benevolencia las gentes y sus costumbres.

La primera población que visita es Tumaco que encuentra "bien poblada y fértil en toda clase de frutos de América" nos dice también que "sus habitantes son muy dóciles y muestran buena fe en sus tratos* y anota que están gobernados por un capitán, y los indios por dos caciques".

Por mar se dirige luego a Buenaventura; este puerto escribe es frecuentado sin interrupción por las embarcaciones de Guayaquil y de Paita que depositan una gran cantidad de sal y provisiones; hace una corta visita a Anchicayá y observa que los extranjeros vienen a surtirla de todo lo que pueden desear; hay comercio de toda clase de artículos".

De regreso a Buenaventura sigue para Cali, describe minuciosamente el viaje y encomia la habilidad de los negros que conducen las embarcaciones; permanece algunos días en Cali a la que se refiere en estos términos: situada en una hermosa llanura a la orilla del río Cauca, su posición es de las más agradables; mantiene comercio muy activo e importante con la provincia del Chocó, por la excelencia y abundancia de sus productos que los cambian por oro en polvo u otros artículos. Se cosecha en abundancia azúcar, café, algodón, cacao y tabaco; este último producto es muy estimado, especialmente por su buena calidad. Del mismo modo hay mucho arroz y ron que se fabrica y es buscado por su calidad"; se refiere luego a la población anotando que los habitantes en general tienen costumbres muy buenas; las mujeres sobre todo son de un carácter muy afable, aunque la mayor parte de las que tienen cierta edad esconden la hipocresía bajo la máscara de la devoción; sobre la situación de la ciudad observa que no está poblada como lo exigiría su extensión y la mejor prueba que se puede dar de ello, es que sus calles están en gran parte cubiertas de yerba; la misma plaza principal parece más bien una pradera que otra cosa. Se ve un gran número de animales domésticos pacer tanto en esta plaza como en las calles".

De Cali pasa Mellet a Popayán que describe brevemente elogiando el carácter de sus habitantes, la belleza de sus mujeres y la disposición que tienen para el canto y la danza, mereciéndole algunos comentarios la excesiva habilidad de los hombres para los negocios; agrega que "es bien sensible

que esta ciudad haya sufrido tanto, pues sería, sin esto, una de las más opulentas de la América Meridional, tanto por su comercio como por las riquezas de sus minas, y sus habitantes, en número de 21. 000, Vivirían en el seno de la abundancia”.

De regreso a Cali continúa para Buga y Cartago y pasa luego a Bogotá; preocupado ante todo por el aspecto económico, el más vinculado a sus actividades comerciales, se refiere en primer lugar a los artículos de consumo y al intercambio de mercancías: “Hay un comercio general, pero el índigo que se cosecha, es de tal manera estimado por su calidad que solo bastaría para su subsistencia. Además hay numerosas fábricas de paños comunes y telas de algodón, gruesos y de diversos colores, que se envían a las provincias de Popayán y de Quito, donde es muy grande el consumo. La venta de esas mercancías produce grandes entradas a la ciudad y la hace opulenta; todo es allí abundante y los víveres son baratos. Traza luego la descripción de la ciudad y hace interesantes observaciones sobre la idiosincrasia de los habitantes y el nivel general de la cultura; Las calles son hermosas y bien rectas; las casas de dos pisos, bien edificadas y ricamente adornadas. Los habitantes son muy afables; se entregan al cultivo de las artes y de las ciencias; la delicadeza que ponen en sus operaciones comerciales es garantía segura a su buena fe; por eso los extranjeros hacen gran número de negocios; llegan de todas partes por la regularidad de las costumbres de los habitantes, como por la facilidad de darse a entender, cualquiera que sea la lengua que se hable: pues, sea, por razón de sus numerosas relaciones, sea por las ganas de conocer de todo un poco, sea en fin, porque entra en su educación hablar algunas lenguas extranjeras, se entregan a este estudio con particular cuidado. El francés especialmente era en mi tiempo el idioma más familiar; las damas mismas lo hablaban con mucha gracia y lo habían puesto de moda.

Como buen francés se preocupa por el bello sexo y no deja de tributar su homenaje a las mujeres bogotanas cuyos encantos encomia, resumiendo así su impresión sobre la capital: “en cuanto a mí no temo agregar que es la más agradable y donde el lujo es más perfecto”.

Se refiere a la crueldad del “Pacificador”, don Pablo Morillo, cuyo trágico recuerdo estaba vivo aún en la mente de los bogotanos; deplora las depredaciones de la guerra y, optimista, comenta: A pesar de todas las devastaciones que las tropas de uno y otro partido han podido hacer en esta opulenta ciudad la riqueza de sus productos, la actividad de su comercio, el talento y la industria de sus habitantes, repararán bien pronto sus pérdidas, si el demonio de la guerra cesa de atormentarla y si un prudente gobierno mantiene ahí el orden y la tranquilidad .

De Bogotá Mellet regresa a Cali y parte para el Chocó atraído por el prestigio de “sus minas de oro en polvo”, como ingenuamente dice; atraviesa el territorio en una permanente aventura, visita las

poblaciones de Noanamá, Nóvita, Tadó y Zitará y en una balandra se embarca para Cartagena a donde llega después de sufrir una tempestad en el golfo del Darién; hace la tradicional descripción de la ciudad que no ofrece originalidad ninguna, pero consigna algunas curiosas observaciones sobre los habitantes de quienes dice que son generalmente inclinados a la música; el arpa es el instrumento que les gusta más, hombres y mujeres lo tocan muy bien y se acompañan en sus cantos con mucho método”.

Lo impresiona especialmente la riqueza de Cartagena y la buena vida de sus habitantes; El lujo escribe es extremado en esta ciudad, sobre todo en las mujeres que se visten con mucha elegancia; hay muchos coches y el gran tono es usarlos para pasearse fuera de la ciudad, particularmente para ir a una legua de ahí, a visitar un convento edificado en una altura donde está la capilla de Nuestra Señora de la Popa, muy venerada en Cartagena.

Se refiere al intenso comercio del puerto y describe la pesca de perlas; el recuerdo de sus experiencias comerciales nos da una idea de la forma como se negociaba entonces y de las buenas ganancias que obtenían los extranjeros que viajaban por el territorio: "compré un día a un pescador 223 perlas del porte de un guisante y las pagué con diez y seis pañuelos de color, tres piezas de nankin, cinco varas de percal y un pantalón de tela de algodón; el todo podía costar 90 francos. Vendí algún tiempo después esas mismas perlas en la suma de 900 francos y si las hubiese conservado más tiempo habría obtenido mayor beneficio”.

Sobre las tropas de Cartagena da esta noticia: en 1817 esta plaza está guarnecida con 4.000 españoles muy mal pagados y alimentados. No se les daba por ración más que casabe, algunas legumbres y un poco de carne salada”.

En Cartagena termina el itinerario de Mellet por nuestro territorio; se embarca para Jamaica y pasa a la Habana en donde tiene algunas dificultades. El 4 de febrero de 1820, inicia su viaje de regreso a Francia y el 17 de marzo llega a Lormónt puerto cercano a Burdeos de donde sigue para la población de Marmande, su tierra natal.

El sencillo relato de los viajes de Julián Mellet por Colombia constituye un nuevo elemento de juicio sobre la situación del país poco después de la campaña de reconquista intentada con tan increíble violencia como efímeros resultados por don Pablo Morillo; el viajero francés nos dice cómo a pesar de la devastación de las tropas españolas el país se encontraba aún pujante y su incipiente economía no estaba definitivamente quebrantada; antes de que Mellet regresara a Francia se darían las batallas decisivas de la libertad de Colombia y se organizaría en Bogotá un gobierno estable que consolidaría la nueva república.

